



BALAS HACIA EL CIELO

Carlos J. Castro

BALAS HACIA EL CIELO



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos J. Castro

© Ilustraciones: Pedro Gómez Galván

ISBN: 978-84-19748-54-6

ISBN digital: 978-84-19748-55-3

Depósito legal: M-11284-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este poemario lo dedico a mis padres,
Margarita y Carlos.
También a mi hermana Sandra,
a mis sobrinos Laura y Javi.
Y a mi cuñado Javi.
También a Laura. Por aguantarme
todos los días (cosa que no es fácil).
Del mismo modo agradezco también a mi amigo David.
Por leer todos mis poemas, siempre que tiene un hueco.
Y por confiar siempre en mis versos y
alentarme a seguir y seguir.
A mi amigo poeta, Jose Ramón,
por sus recomendaciones y correcciones.
A mi amigo Alexis.
Me acuerdo de ti todos los días.
Y al resto de amigos y amigas, que están siempre
alrededor de mi vida y que no voy a nombrar,
por si se me olvida algún nombre y quedo fatal.
Ellos y ellas saben quiénes son.
GRACIAS.*

A LOS PÁJAROS NO LES GUSTAN LAS DISCOTECAS

Prefieren volar
por entre los tejados,
perdiéndose
en cielos alejados.
Mueven sus plumas,
mientras el prestigioso anochecer
los abrumba.
Se persiguen veloces,
como saetas brillantes
en edificios
esplendentes.
Acarician el hombro
de la muchacha invidente,
susurrándole
que toque la fresca
hierba floreciente.
Beben del río cristalino
donde Ofelia suicidada
flota recordando
su inocencia olvidada.

Cantan en las estatuas
del cementerio,
en las fuentes
donde se tiran
perdidos deseos,
en los árboles
ennegrecidos
por el humo
y el traqueteo.

Se enamoran en alféizares
de empresas
que cotizan en bolsa,
que colonizan países,
que convierten las almas
en sucios tapices.

A los pájaros
no les gustan las discotecas.

Que sus nombres queden grabados
en las bibliotecas,
en los negros edificios,
en los ríos sedientos,
para que nunca se nos olvide
desde dónde sopla
el viento.

EL CARRUSEL

La maleza no deja
que el viento se acerque.
La tierra de los mil años
agoniza satinada
por el crepúsculo de la piel.
Los templos de cristal,
se entrevén
por entre la flota de nubes.
Los amantes expiran
en el lecho de asfalto,
con la muerte entre sus manos.

El carrusel gira y gira
en la noche enfurecida.
La Luna se acerca a la Tierra,
se lleva la lágrima de la joven
virgen en su tumba,
con su sarcófago
de flores y perfume.

Suben y bajan, bajan y suben
los caballitos de madera embrujados
por los niños, galopando hacia el
aquelarre de la inocencia.

El joven viudo de las estrellas
contempla
a los mocosos en sus sombras,
girando y girando.
Comprende
que en las llanuras de los cuentos,
escondidas
en sus arterias ruborizadas,
al final de la sangre infantil,
duermen los dioses,
a salvo
de los adultos.